

Una Iglesia de apariencia similar a la misericordia

¿Cómo sería nuestra Iglesia si verdaderamente fuéramos misericordiosos? Sería como si tratáramos de convertirnos en la representación viva del Dios descrito en los salmos como “firme”, “fielmente devoto”, “misericordioso” y lleno de la clase de amor compasivo que muestra una madre por el hijo que lleva en las entrañas. Cuando comencemos a ver que ser misericordiosos y compasivos significa ser hechos a imagen y semejanza de Dios y reconozcamos nuestra dignidad—y la dignidad de todas las personas conocidas—como hijos e hijas de Dios, encontraremos la forma de expresar y compartir esa dignidad.

Si fuéramos misericordiosos, buscaríamos formas de vivir como Dios, no solo en alguna ocasión especial ni únicamente en una celebración particular como el Año de la Misericordia, sino todos los días, en circunstancias comunes, con la gente con quien nos encontramos y que necesita una clase de misericordia “diaria”, sin importar qué tan sorprendente o inesperado sea eso para algunos. La misericordia diaria no es algo fácil de encontrar en nuestro mundo; con mucha frecuencia, nos inclinamos hacia la venganza y el castigo. Ser misericordiosos día tras día es un trabajo arduo que exige práctica y sinceridad. Debemos vernos tal como somos antes de poder experimentar al verdadero Dios y a nuestros hermanos y hermanas como son. Fallamos y somos pecadores, pero somos pecadores amados y capaces de amar.

Tristemente, a veces el lugar más difícil para ser misericordiosos es donde está la gente que nos rodea—nuestros familiares, compañeros de trabajo y conocidos que consideramos fastidiosos, excéntricos o, sencillamente, molestos.

El culto no solo nos llama a ser misericordiosos de esa

forma sino que nos enseña a hacerlo y nos ayuda a practicarlo. Piensen en esto: la liturgia comienza con un clamor de misericordia en el *Kyrie*; nuestra respuesta a la proclamación de la Palabra de Dios es una oración que pide misericordia para la Iglesia y todos los necesitados del mundo. Antes de acercarnos al altar a compartir la Comunión sacramental, clamamos misericordia al Cordero de Dios. La misericordia a menudo se expresa en servicio, de modo que somos llamados a compartir nuestros dones mediante servicio a la comunidad de culto, como ministros de nuestra oración común. A menudo, la misericordia significa dejar que otros vayan adelante y hacernos a un lado para que otros puedan reconocer y utilizar esos dones.

Necesitamos ir a los oficios y a las reuniones con otra gente con la expectativa de que encontraremos a Cristo Resucitado en las personas conocidas y a quienes servimos. Es difícil hacerlo. Es difícil creer que Cristo está presente en cada niño que llora o da puntapiés en la banca de atrás de la Iglesia, en la persona con quien debemos comunicarnos pero que habla un idioma extranjero, y en la mujer indigente y sin bañarse en varias semanas, que se sienta casi a la salida de la Iglesia.

Sin embargo, en fin de cuentas, esta es la única forma de encontrarnos con Cristo: en otras personas y a través de ellas. Nuestras reuniones con otra gente nos revelan quiénes somos y nos ayudan a reconocer que necesitamos a Cristo. Por medio del amor que nos demuestran los demás, ellos también revelan la presencia de Cristo en nuestro propio ser. Esa presencia nos da la fuerza de encontrar a Cristo en otros y de compartir con ellos la misericordia que se nos demuestra. A veces, al ser llamados por la divina misericordia, debemos salir de nuestro terreno conocido, pero esa salida será un paso clave en nuestro peregrinaje de fe.

